F. Sabater

Catedrático de Filosofía.
Universidad Complutense de Madrid.

Correspondencia:
Fernando Sabater
Universidad Complutense de Madrid

Evolución de los valores sociales: los ancianos en la sociedad del siglo XXI

Evolution of social values: the elderly in the 21 century society

Conferencia pronunciada durante el 1er Congreso Internacional de Enfermería Geriátrica. Barcelona, abril 1997. Transcripción literal desde grabación.

Soy yo quién da muy sinceramente las gracias a los organizadores de este Congreso por haberme invitado y a mi generosa en exceso presentadora y, bueno yo, evidentemente ustedes comprenderán que no voy a revelarles ningún misterio nuevo, probablemente todos ustedes conocen mucho mejor el tema de lo que puedo saberlo yo, que soy de alguna manera como buen filósofo, ya saben ustedes, somos especialistas en hablar de lo que ignoramos y entonces por eso podemos hablar de todo. Digo que en cambio el tema de la vejez como ciencia es un tema agradecido porque es el único tema del cual uno va sabiendo más cada día que pasa, de modo que es el único tema que tenemos la esperanza de saber bastante más dentro de unos años de lo que sabemos ahora cada uno personalmente. Yo quisiera ayudarles a hacer una reflexión sobre cómo se ha modificado, cuál es el perfil, cuál es la imagen simbólica del anciano en nuestros días. Evidentemente la fiabilidad como todos los demás criterios humanos es un criterio relativo, es un criterio cultural, no hay parámetros. Hay parámetros biológicos que van variando de acuerdo con la historia, de acuerdo con la cultura, incluso en nuestro mismo mundo nosotros consideramos ancianos hoy, pues a las personas de, en torno a los 80 años, mientras que un anciano en Sierra Leona es una persona de 36 años en caso de los varones o de 39 en caso de las mujeres que es la expectativa de vida que existe allí. De modo que realmente el concepto de la ancianidad es un concepto sujeto a revisión histórica, se puede decir, en casos, de personas de una longevidad y una lucidez extraordinarias, casi intimidatorias para los demás. Está en nuestros días el caso del escritor Hernes Biunguer que ha cumplido 103 años este año y que caso de que llegue, siga viviendo hasta el año 2000, lo cuál todo parece indicar que efectivamente es su intención, será el único de los grandes escritores que habrá conocido tres siglos, habrá conocido el siglo XIX, el XX y el XXI, lo cual es un récord verdaderamente elogiable. A Biunguer yo le oí una vez una entrevista en que decía, debía tener entonces como 95 ó 96 años y le decían... usted, que ha llegado a ser tan anciano y... decía Biunguer: "No, yo ya no soy anciano. Mire usted, yo hasta los 70 años fui más o menos una persona digamos de edad ya más correcta, hasta los 80

fui anciano pero, ya a partir de ese momento entraba en la edad canónica, esto es, una cosa que se pasa de la realidad, porque ya me he salido". Bueno es verdad que hay personas que conservan este word. También Werter Rasel que llegó a los 98 años, cuando a los 95, 96 años le decían: Lord Rasel, ahora que ve usted acercarse el momento de la muerte y le decía: ¿pero que dice usted de acercarse el momento de la muerte? Ahora al contrario, es mucho menos probable la muerte,... ¿pero cómo puede ser mucho menos probable? Usted fíjese en las estadísticas, las personas de 95 años se mueren mucho menos que las demás, se mueren mucho más a otras edades.

Entonces, realmente, uno puede conservar esta capacidad que incluso en el mismo siglo de Voltaire, el propio Voltaire efectivamente llegó hasta los 84. Había en el siglo de Voltaire un caso de una persona que ya tenía casi fama de eterna en el siglo XVIII que fue Fontainel, el presidente de la Academia Francesa y un teórico de la ciencia muy ingenioso y muy curioso que tiene un diálogo sobre la pluralidad de los mundos que es verdaderamente una delicia dieciochesca. Fontainel vivió hasta un mes antes de cumplir los 100 años, lo cuál en su época realmente era un auténtico éxito, sobre todo además porque conservó hasta el último momento todas sus capacidades, incluso cuando unos días antes de morir de puro viejo vamos, no tenía ninguna enfermedad concreta, y el hombre estaba allí en la cama, el doctor le decía, pero monsieur La Fontainel, ¿usted que es lo que siente? y decía... una cierta dificultad para ser. Efectivamente, todos, antes o después tenemos una cierta dificultad en seguir siendo y eso es el extremo de la vejez, pero en la determinación de ese punto en el que uno llega a sentir la dificultad de ser, varía.

Los ancianos han tenido un papel de prestigio simbólico a lo largo de todas las culturas porque eran los depositarios del saber. En las culturas tradicionales la fuente del saber está detrás no delante. Nosotros hoy lo esperamos todo de la invención, de la novedad, de lo que acaba de descubrirse pero esto es una cosa que históricamente no ha ocurrido siempre. En la mayoría de nuestros siglos, la idea de saber era un saber del pasado, es decir, habían los que conocían el pasado, entonces los que conocían el pasado enseñaban a los del presente a vivir, a obrar, las técnicas etc. El que conocía, el maestro, el anciano, era el que conocía las técnicas y era el que se las enseñaba a los demás, de modo que el futuro, digamos, no era visto como una fuente de novedades positivas, sino más bien como la pérdida o la posibilidad de la pérdida de los haberes que estaban depositados en el pasado. El anciano que estaba más en relación con ellos, era algo así como la memoria viva, el disco duro de la tribu. Era el anciano en el cuál tenían los haberes los conocimientos, el que de alguna manera juzgaba las formas de vida. Fíjense todavía la cantidad de términos, digamos en la política e incluso de los términos de tratamiento como señor, por ejemplo, o senador etc., que son términos relacionados con la vejez. Es decir, la vejez era un grado, la vejez era de alguna manera una cierta distinción honrosa, porque insisto, estaba ligado, a la sabiduría, al conocimiento, es decir, el anciano sabía más digamos que los otros por lo tanto era visto como alguien valioso, como alguien a conservar, como alguien, digamos, que era un tesoro para el grupo, porque ahí estaban los conocimientos que el grupo requería, necesitaba etcétera.

En nuestra época ésto se ha invertido como saben ustedes, es decir, el anciano no solamente ya no es el depositario de la sabiduría aceptada sino, que al contrario, es el más alejado del conocimiento moderno porque es el que ya no aprende, y como todas las cosas vienen por novedad, todas las cosas digamos son invenciones, todo es nuevo, entonces el anciano es el que se ha caído del mundo del aprendizaje, y por lo tanto, una persona que da la sensación del bobo, del que no sabe, del que sigue haciendo las cosas como se hacían antes sin saber que ya se hacen de otra manera mucho mejor. De modo que ha pasado el anciano de ser la figura venerada por el conocimiento, la sabiduría etc., a ser la figura digamos, suavemente ridiculizada en los mejores de los casos o acervadamente en los peores porque es el que no sabe, el que no entiende, el que utiliza maneras antañonas de ha-

cer las cosas, el que de alguna manera representa aquello que hay que superar. Representa aquello, digamos de lo que hay que librarse, luego claro, fíjense que la cosa tiene importancia simbólica muy grande, porque en nuestra época, por una parte hemos aumentado el tiempo de vida enormemente, es decir, hoy los ancianos viven más, llegan a edades más probectas y además en condiciones físicas mejores por la ayuda médica etc., pero claro, por otra parte toda su prolongación de la vida no es aceptar su ancianidad, sino de alguna manera tratar de desmentirla, porque si aceptas la ancianidad, y dices, si es que yo soy muy viejo, inmediatamente como la palabra viejo no tiene ningún papel simbólico positivo dentro de la sociedad eso es negativo. Hay que decir estoy muy joven, me siento joven, tenemos la edad en nuestras arterias, no se que..., es decir, algo para que no le confundan a uno con un viejo de verdad, porque los viejos no tienen papel positivo y además el problema es que claro por una parte la vejez se alarga evidentemente cada vez más por la medicina, pero por otra parte culturalmente empieza cada vez antes.

Naturalmente yo ya soy Tutancamon para mi hijo, pero es que a los 40 años ya se empieza a dar las primeras señales de senilidad cultural, a los 35 le cuesta a uno entender los dibujos animados japoneses. El periplo de la ancianidad empieza muy pronto, porque el problema de la socialidad es que cuando los demás te consideran viejo, ya eres viejo. Da igual que digas tú no, yo me siento Tarzán. Sí te sientes Tarzán pero, si ya han decidido los demás que eres viejo, en viejo te quedas, que eso no hay manera de arreglarlo. Por otra parte se va, naturalmente, y todos tenemos interés en ello, alargando cada vez más en cuanto a duración la vida, de modo que la vejez empieza a ser un período cada vez más extenso cultural y físicamente, cada vez más extenso de la vida de las personas, pero un período desdeñado, un período que no se considera algo apreciable sino todo lo contrario, un período digamos que hay que ocultar o que maquillar, porque la experiencia en nuestra época no es algo valioso. Hay una decadencia del concepto de experiencia, es decir, la experiencia incluso laboralmente. Ustedes verán, los empleadores prefieren a la gente que no tengan mucha experiencia pues claro, el que tiene experiencia, es un poco más difícil de manejar, reclama sus derechos. Lo que se busca son personas sin experiencia porque nos van a enseñar a manejar una máquina que acaba de llegar; cuantos menos conocimientos previos tengas mejor. Es verdad que realmente los que empezamos a escribir con una máquina de escribir y luego empezamos a escribir con un ordenador relativamente pronto, tenemos más dificultades para aprender a manejar el último ordenador que los que no han conocido más que ese. Los totalmente vírgenes inmediatamente se meten dentro, mientras que uno se equivoca, manejas el sistema como manejabas el sistema anterior que ya no es ése. Entonces te das cuenta de que para cierto tipo de cosas la experiencia, para todo tipo de cosas que son puramente mecánicas, puramente de puro movimiento mecánico, la experiencia, no solamente no es una ventaja sino que es una dificultad. La experiencia es muy buena para otras cosas, para cosas digamos como de relación humana, para cosas relacionadas con el sentido de lo que se hace, pero cuando son cosas relacionadas con el puro hacer, el puro hacer si te lo enseñan de buenas a primeras, es mejor, si tienes ya mucha experiencia y tu has aprendido a hacerlas de otra manera te cuesta más aprender la novedad, de modo que la experiencia no es buscada ni es deseada desde el punto de vista laboral. No es apreciada tampoco porque representa el pasado y claro, lo que estamos defendiendo es el presente, aún más lo que va a llegar mañana, el futuro de mañana es el bueno. Por lo tanto quien representa el pasado está representando aquello de lo que uno se quiere desembarazar y por lo tanto incluso la persona con experiencia tratará de estar a la última o de presentarse como que está a la última porque no hay ningún interés en saber aquello que ellos aprendieron, aquello que ellos recuerden etc. Eso pierde, ha perdido vigencia, digamos ha perdido glamour en la sociedad moderna. Los ancianos no tienen glamour. No tienen glamour y entonces, como todos los seres sociales sabemos, es importantísimo en una sociedad permanecer desea-

bles, es decir, todos tenemos que permanecer deseables porque todos esperamos algo de los otros. El anciano ocupa un papel no deseable y por lo tanto tiene que maquillarlo y nadie admitirá su experiencia.

Ya han visto ustedes que no solamente la vejez sino la madurez misma es vista con sospecha. Es un problema en la familia moderna que claro, en la familia alguien tiene que hacer de maduro, o sea, el padre tiene que intentar ser un poco más maduro que su hijo etc., vamos, por razones funcionales y eso no es visto, no es aceptado cómodamente en la sociedad actual. El padre dice: yo soy el mejor amigo de mi hijo. Podía ser usted su padre, que es una cosa más notable que el de buen amigo, porque amigos, el hombre tendrá muchos pero padre no va a tener más que a usted. Quizá si se empeñara usted en ser su padre o la madre dice, a mi me confunden con la hermana mayor de mi hija, aparte que quizá las dificultades oftalmológicas que plantee son..., esa negación permanente del papel porque no tiene una aceptabilidad, entonces hay que maquillarlo, hay que negarlo.

El viejo es el no escuchar, el no escuchado porque lo que quiere contar es algo del pasado que es de lo que queremos librarnos y en cuanto a la modernidad no está al mismo nivel que las personas que entienden de eso porque son más y más y más jóvenes. No.

Hay un libro que acaba de publicarse de Norberto Bobbio, el gran filósofo del derecho y político italiano que tiene ahora 88 años. Un libro muy bonito que ha sacado la editorial Taurus que se llama De Senectute tomando el título clásico del libro de Cicerón y bueno, hay una serie de reflexiones sobre el anciano en nuestra época muy interesantes, y también el libro de Vicente Molina Foix, un libro de entrevistas a ancianos de nuestra cultura, Julio Caro Baroja y en fin una serie de grandes ancianos de nuestra cultura de muchas ramas diferentes que revelan ese lenguaje que no quiere ya ser escuchado, es decir, ese lenguaje lleno de sabor, lleno de experiencia vital, lleno de conocimientos, de épocas, de cosas pero que no interesa puesto que lo que se está viendo es... La época se va haciendo cada vez más momentánea, es decir, sólo lo momentáneo o lo venidero cuenta, el pasado no, entonces claro, como el anciano vive en el mundo de la memoria fundamentalmente, como el mundo de la memoria es el mundo fundamental del anciano, claro el anciano se encuentra desplazado de su digamos territorio propio. El Alzheimer probablemente es un mal, certísimamente es un mal enorme para la persona que lo padece, pero nuestra sociedad está también padeciendo un poco de Alzheimer en general, es decir, hay un olvido cada vez mayor de las cosas, un desprecio de la memoria, unos agujeros enormes, se ignoran las relaciones entre las épocas, la historia de las Instituciones, etc. que es lo único que permite un poco entender el presente. Entonces esa misma perplejidad del enfermo de Alzheimer que de pronto descubre con pasmo un objeto habitual, porque ha olvidado todo su uso, a que viene y cuantas veces lo ha utilizado antes, ocurre a nivel social cuando determinadas instituciones, determinadas cosas son vistas de pronto con enorme sorpresa por generaciones que desconocen todo de su tradición, de dónde vienen, por qué han aparecido, cuáles han sido sus avatares, cuáles han sido sus mejoras, sus empeoramientos, etc.

Bueno, todo esto digo que es una modificación muy importante, yo creo que casi decisiva del papel del anciano, y el anciano, yo me acuerdo, le oí muchas veces a José Luis Aranguren que él decía, "yo se que soy viejo pero no me siento viejo". No es lo mismo saberse viejo que sentirse viejo hasta que solamente en sus últimos meses ya reconocía: "no, ahora ya me se viejo y se que soy viejo y me siento viejo", porque efectivamente son dos cosas diferentes y el problema es que el saberse viejo de alguna manera va acompañado no, de una conciencia de que tu todavía no eres viejo, pero estás obligado a esa marginación de la vejez por la vía cultural.

Un amigo mío ya bastante mayor me decía en una ocasión, "lo malo de cumplir muchos años no es que te sientas viejo todavía, te sigues, a pesar de los años, sin sentirte viejo y eso es lo malo, porque claro, los años los tienes pero todavía no has cambiado de forma de ser, sigues

teniendo por dentro tu misma lozanía y entonces claro te encuentras como atrapado en un cuerpo de alguna manera que ya no responde a la imagen que tu quisieras dar de ti mismo".

Hay alguna visión positiva en nuestra sociedad de los ancianos y naturalmente como todos los otros grupos sociales que pueden consumir. Hay una imagen del anciano que salta alegremente por una playa del Caribe, toma crecepelos o se arregla la dentadura o las gafas etc., es decir, el anciano, el único momento positivo en que aparece sonriente, feliz etc., es cuando está comprando cosas de las que se dedican a los ancianos que también tiene su mercado y naturalmente los negociantes que les venden las cosas no van a renunciar a ello. Por lo tanto, la única imagen positiva del anciano es en cuanto a consumidor. Mientras el anciano sigue ligado al mundo del consumo, mientras se siguen haciendo cosas para él, mientras hay ofertas para él, sigue manteniendo una aceptación social. Los ancianos que no consumen nada, los ancianos que están consumidos ellos pero que no consumen nada más, esos ya no cuentan, eso socialmente no cuenta. Mientras que la opción no pierde su respetabilidad como depositario de una experiencia vital, un saber, mientras, pierde también de alguna forma su representación de una cierta dignidad de la colectividad, de un cierto triunfo humano porque, después de todo, todos los ancianos son vencedores, los derrotados han quedado por el camino, de modo que después de todo, todo anciano, sobre todo si ha llegado a determinadas edades y sabiendo lo que es la vida y sabiendo las enormes probabilidades que hay de no llegar en cualquier caso, todos los ancianos realmente merecen de alguna manera un poco la corona de laurel de vencedor, porque han vencido. En cierta medida el anciano podía simbolizar o significar la experiencia, la sabiduría y ese triunfo a veces contra la adversidad de la vida pero normalmente no representa nada de eso salvo que esté ligado al consumo. Representa simplemente aquello de lo que queremos librarnos, y esto forma parte del peligro de una sociedad que pretende rentabilizarlo todo excesivamente, es decir, rentabilizarlo todo en un plano meramente económico o de un utilitarismo de muy corto vuelo: ¿para que sirven los ancianos?, y entonces, el anciano mismo se mentaliza ante esto: yo ya no sirvo para nada, como si los seres humanos hubiéramos nacido todos siervos, como si hubiéramos venido al mundo nada más que a servir, a ser como las llaves inglesas y los abrelatas, o sea, no tuviéramos otra función más que servir y entonces claro, ya no se sirve, ya no se es rentable.

Se ha perdido la aceptabilidad por nosotros y eso el anciano mismo lo nota, porque quizá él mismo está convencido siempre de que los seres humanos tienen que servir. Hay una película terrible que hace unos años tuvo cierto prestigio,

se llama Soiler Grin (¿?) que protagonizaba Charlton Heston. Fue la última película en que trabajó Eduard Lee Robinson y presenta una sociedad del futuro en que los ancianos llegados a cierto momento, bueno, pues ellos mismos, voluntariamente, iban a una especie, digamos, de lugares donde de una forma dulce y pacífica se les liquidaba y eran aprovechados para hacer el alimento que se repartía a la población, el Soiler Grin, una especie de pastillitas verdes que se repartían entre la población.

Esto es una cosa que descubre con cierta alarma... una metáfora de una sociedad que rentabiliza absolutamente todo. Realmente convierte a la persona, no, en representante de una dignidad basada en la importancia de la relación entre las generaciones, entre los estratos humanos, que es lo que forma la humanidad, porque claro, el problema es que nosotros creemos que lo útil son las cosas y tan creemos y estamos convencidos de que lo útil son las cosas, que al final pensamos que las personas más útiles son las que se merecen las cosas, las que tienen una función específica explícita, pero claro, a los sujetos, los objetos no nos sirven nunca del todo.

Otros sujetos nos pueden servir, sólo otros sujetos nos pueden enseñar a vivir y mantener en la vida la importancia de la relación entre las generaciones, la importancia de que convivan personas de épocas y de estratos diferentes del tiempo, es la característica de la humanización. Es decir, la diferencia que hay entre una tribu de chimpancés y una tribu humana es que en la tribu humana hay muchos más viejos, hay muchos más viejos que viven con los niños. Los primeros maestros de alguna manera en las tribus primitivas eran los ancianos, que eran los que estaban más tiempo con los niños, mientras los padres cumplían las funciones quizá más de mantenimiento de la tribu. El anciano que no cumplía las funciones estaba encargado de la educación del niño y eso que ha sido determinante en la formación de nuestra humanización, es decir, esas relaciones humanas con sujetos, esa variabilidad del sujeto, digamos que cada uno de los seres humanos tengamos ante nuestra vista el espectro de las posibilidades vitales del sujeto, no solamente los hombres y las mujeres sino los niños, los adolescentes, los hombres maduros, los ancianos,... Esa, digamos, visión de la vida como intergeneracional, es lo que forma la sociedad humana y eso tiene un valor que no tiene nada que ver con la producción de objetos ni con la utilización de objetos.

Me acuerdo de mi amigo Pepe Bergamin que también vivió hasta muy mayor y que decía: "yo, si fuera un objeto sería un objeto objetivo pero, como soy un sujeto, soy subjetivo", pues nosotros todos somos subjetivos. Cuando nos atribuyen, es que eres muy subjetivo, es, que soy un sujeto. Los sujetos somos subjetivos, sólo los objetos son objetivos. Entonces hay que ser subjetivos, es decir, el problema del utilitarismo es que pretende reducir a las personas a lo objetivo, y olvida, digamos la dimensión subjetiva que es fundamental. El problema es que cuando se olvida socialmente, el propio anciano se encuentra sin un lugar, sin una cierta aceptabilidad, sin despertar algún tipo de deseo en los demás, entonces despertar ese deseo yo supongo que es parte o una de las cuestiones fundamentales de la labor geriátrica, despertar o suscitar esa idea de que el instante siempre es eterno y de que se vive igual. Igual cantidad de vida hay en el instante del niño de tres meses que en el instante del anciano de 99 años. Cada instante está pleno de vida o no está, no hay instantes más llenos de vida que otros, cada uno está lleno de un tipo de vida, en unos casos son las expectativas fisiológicas las que abren posibilidades, en otros casos son las de la memoria o las de la experiencia o simplemente las del uso. El uso de la vida nos ha ido también descargando de muchas cosas y cargando de otras. De modo que la idea de que las cosas sólo tienen rentabilidad según va a vivir uno más o menos, bueno, no para Sócrates cuando a los 70 ó 72 años empezaba, estaba aprendiendo a tocar la flauta, le decían pero, ¿para que quieres tocar la flauta ahora?, pues, para saber tocar la flauta cuando me muera, como todo el mundo. Pero que más da, porque que yo tenga más o menos edad no tiene nada que ver, o sea, que en cada momento digamos, la vida es exactamente igual de plena, se vive hasta el final, la vida debe ser humana hasta el final, precisa-

mente aquellas personas que no están estrictamente ligadas a la productividad, como el niño pequeño, como el anciano etc., son las que representan para los demás la propia dignidad de la aventura humana que cósmicamente puede no tener ninguna importancia pero para nosotros sí que la tiene.

Entonces, suscitar esa, digamos respetabilidad de la vida en el anciano, yo creo que es uno de los papeles importantes para devolver una o para confirmar una cierta seguridad en que su papel todavía socialmente es importante. Uno de los problemas claros de la ancianidad es que normalmente la perspectiva se va estrechando, es decir, se va estrechando hacia cada vez más lo inmediato, hacia lo más cerrado en dolores o en problemas muy pequeños, lo cual hace que el anciano, primero, se haga más desasosegante para sí mismo, y luego más desasosegante para los demás, lo cuál es uno de los problemas, digamos de la visión de la ancianidad. Precisamente Werner Rasel en una de las cosas que escribió sobre la ancianidad, decía: "La vida debería ser como esos ríos, digamos que nacen pequeños, turbulentos, estrechos y se van ensanchando poco a poco hasta llegar al mar." La vida, digamos en la ancianidad debería ser, ya cuando uno ha perdido el apego inmediato a sus pequeños intereses, a sus pequeños problemas, porque ya de algún modo uno no los tiene o los tiene atrás, compartir de una manera más amplia los problemas de la colectividad o los problemas de nuestros descendientes. Eso sería lo ideal pero desgraciadamente a veces, funciona de esa otra manera del estrechamiento digamos de la óptica.

Ahora cuando yo me muera, tiene ya 87 años, cuando yo me muera, morirá la única persona en el mundo que se acuerda de esa niña que duró tres días. Es decir, con cada uno de nosotros, en las memorias de ultratumba hay una página muy bonita sobre eso. No solamente morimos nosotros o nuestros recuerdos, mueren muchas personas de las cuales somos sus últimos depositarios, sus últimos guardianes. Nosotros, hemos visto cosas, hemos visto gestos, hemos visto momentos que nadie más ha visto y cada una de las personas, digamos, tiene ese mismo privilegio, entonces de alguna manera no es lo mismo la memoria histórica, no es lo mismo que te cuenten las gestas de César en las Galias, sino esa otra vida que es la vida real, la vida cotidiana, la vida de las personas, con rostro, con aliento, con voz, y eso solamente lo conservan otras personas, no los libros. Los libros no se ocupan de las personas normales, digamos, sino que se ocupan de otro tipo de personas o de movimientos históricos. La memoria que representa cada una de estas personas es importante porque es una memoria personalizada, es una memoria no solamente de una persona sino también de personas y de gestos y de sabores y olores y caminos..., que ha recorrido esa persona y que no son los de la historia. A mi me parece muy importante que se olvide el descrédito, la disminución de los valores históricos, el particularismo oligofrénico de los planes de estudio de este país que cada vez en cada región solamente hablan de lo que tienen delante de las narices y que solamente hay que hablar de lo de aquí y de lo que nos pasa aquí y de lo de..., cada vez el mundo se va estrechando como decíamos en vez de ensancharse. Se va convirtiendo como el de los viejos maniáticos, que ya sólo se preocupan de que les duele el pie y no se pueden preocupar de nada más. Yo creo que es un problema, pero es un problema que hay que afrontar desde la verdadera, desde la recuperación de la racionalidad y del debate, del diálogo real. Fíjense ustedes el cambio que ha tenido la televisión. La televisión nunca es que haya sido evidentemente el ágora de las penas de Pericles, verdad, pero bueno, hace unos años había programas en que salían unas cuantas personas y discutían de cosas, más o menos, algunas mejor, otras peor, unos más listos, otros menos pero discutían de cosas..., hay reuniones en el que señores y señoras hablan de cosas desde el punto de vista de su conocimiento, claro en la televisión actual los únicos programas de debate que hay es una especie de monstruos fugados de no se sabe que extraño zoológico que lanzan aullidos, se agreden unos a otros y eso, sustituye el debate, mientras que la gente les jalea. Se ha perdido la función de alguna manera civilizadora de la palabra, porque claro, como va

a escuchar uno al anciano ni a nadie, si la idea de discusión que hay está más cerca de un partido de rugbi que de un diálogo entre seres humanos. Se ha perdido la posibilidad. Me parece que lo audiovisual se convierte en un bulo. La relación en vez de favorecerla con las posibilidades inmensas que hay..., el único sosiego va a ser el Internet en que por lo menos allí supongo que no habrá que gritar. Podrás hacerlo a tu tono pero si no, todo lo demás se está convirtiendo en escenas de cuerpo a cuerpo. A mi eso sí me parece que es una pérdida de un valor muy importante. Porque ese valor ya lógico verbal de escucha, de escucha de las cosas dichas por alguien, y dichas por alguien digamos pues con una sonrisa o con un gesto de enfado, pero en fin, dentro de la humanidad, a mi me parece que eso es un valor muy importante y creo se está perdiendo en un mundo como de muñecos. Los personajes supuestamente digamos vivos de la televisión, se van pareciendo cada vez más en sus gestos, en su expresión etc. a los muñecos de los dibujos animados, no a las personas racionales sino al muñeco de dibujos animados y eso si que me parece que es una pérdida, pero, a lo mejor es que me estoy haciendo viejo, claro.